

todas las figuras de Caines y Manfredos rebeldos contra el cielo, son las devotas imágenes en que se siente la risa volteriana del escultor <sup>1</sup>.

HE DICHO.

<sup>1</sup> Por razones fáciles de comprender no he hablado de los escasos poetas místicos del siglo presente. Séame lícito, no obstante, hacer, aunque en forma de nota, una excepción, no de amistad, sino de justicia, en favor de la preciosa colección de *Idilios y Cantos Místicos* de Mosén Jacinto Verdaguer, alta gloria de la literatura catalana, y superior, en mi concepto, á su tan celebrado poema de *La Atlántida*. Sin hipérbole puedo decir que no se desdeñaría cualquiera de nuestros poetas del gran siglo de firmar algunas de las composiciones de ese volumen: tal es el fervor cristiano y la delicadeza de forma y de conceptos que en ellas resplandece.



## DE LA HISTORIA

CONSIDERADA COMO OBRA ARTÍSTICA





## DE LA HISTORIA

CONSIDERADA COMO OBRA ARTÍSTICA <sup>1</sup>.

SEÑORES :

**T**ODOS conocisteis á mi predecesor en esta silla , y quizá sea yo , que tan sin méritos propios vengo á sucederle, quien le conoció menos de cerca. Entendimiento vasto y condensador, fácilmente abierto á todo lo que le parecía noble y generoso, ávido de abarcar con rápido vuelo los términos y confines de la humana ciencia, vivió y murió en el más ardiente fervor idealista, enamorado de las obras del espíritu y anheloso de propagarlas entre su nación y gente. Fácil en el concebir, facilísimo y brillante en la palabra, fué su vida

<sup>1</sup> Discurso de entrada en la Real Academia de la Historia. (1883).



una improvisación continua, desinteresada de todo otro fin que el libre ejercicio de la inteligencia. La contradicción le daba alas y no le exasperaba; antes tomaba fuerzas de ella, y se crecía, como Anteo al contacto de la tierra. Poca parte de su alma ha pasado á sus escritos, y no tiene idea de él quien no vió correr de sus labios, raudos y atropellados, el largo río de su elocuencia. Tuvo la ambición de todo saber, pero no la avaricia de ninguno. Adquirido un conocimiento nuevo, germinada en él una idea, no se daba punto de reposo hasta verterla en auditorio amigo ó enemigo. Nació para hablar, para enseñar, para discutir. Filosofaba de aquella manera vaga y libre, que es tan del gusto de nuestra raza, y filosofaba sobre todas las cosas, sin que pueda decirse cuál de las ciencias le enamoraba más, ó cuál fué su vocación nativa. En todas penetraba como conquistador, y se apoderaba acá de un hecho, allá de un sistema ó de una hipótesis, todo como por asalto y saqueo. Con esa ejemplar tolerancia, que ha sido timbre de la escuela ecléctica, y que no nacía en nuestro pensador de escepticismo, pues raros hombres he visto que se apasionasen tanto como él por lo que creían verdadero, ninguna doctrina le era repugnante ó antipática, y con

curiosidad nunca saciada, gustaba de enterarse de todas, y de exponer y discutir lo más reciente. Tal era á vuestros ojos y á los míos D. José Moreno Nieto.

Fácil es discutir al pensador, y de hecho muy pocos hubo que le siguiesen, y sería en mí torpe mentira el afirmar aquí, por respetos á mi egregio predecesor, que puede ser su espiritualismo, vago y poco preciso de líneas, aunque simpático, la fórmula de la moderna restauración de las ciencias especulativas. Me elegisteis tal como soy, y no he de venir á comprar aplausos, ni á mitigar impopularidades, haciendo sin alguna salvedad el panegírico de un hombre que precisamente lidió toda su vida por la omnimoda libertad del pensamiento científico. Pero tampoco sería digno ni honrado venir á inquietar sus cenizas, hoy que no puede levantarse su potente voz para respondernos, ni traer de nuevo á la arena el eterno pleito entre las dos ciudades, que han de permanecer en presencia hasta la consumación de los siglos. Sólo recordaré á los creyentes (porque en este acto sólo caben palabras de paz y de mansedumbre) que si Moreno Nieto erró en algo, también peleó cien veces á nuestro lado, defendiendo de la invasión materialista y atea el testimonio y la



integridad de la conciencia humana, el libre albedrío, el valor ontológico y sustancial del derecho, la fuerza imperatoria del criterio moral, la posibilidad y la realidad de la metafísica, lo ideal en el arte, y todas las intimidades, pompas y esplendores de la vida del espíritu, asentada sobre la roca incommovible de las nociones primeras.

Entre los innumerables objetos de la actividad mental de Moreno Nieto, entraba, y no el último, la historia, ó, dicho con voz más comprensiva, las ciencias históricas, ya que no se ocupó directamente en la relación de los hechos, sino más bien en vastas síntesis, no exentas de sabor hegeliano, ó en monografías críticas, más ó menos estrechamente enlazadas con los estudios de la filología oriental, que fueron encanto de los años de su mocedad, y á los cuales, no sin cierta tristeza, como la que infunde la memoria del bien perdido, solía volver los ojos en su edad madura. Todos recordáis su *Gramática Árábica* y su erudito discurso sobre los historiadores musulmanes españoles, seguido de una bibliografía de ellos. Distrajéronle luego muy diversos cuidados intelectuales, no sé si con más gloria para él, de fijo con más aplauso inmediato. ¿Ganó ó perdió en ello la cultura española?

Senténcielo quien pueda: yo sólo diré que es hazaña casi imposible torcer su propia naturaleza, y resignarse á las escondidas y modestas caricias de la investigación erudita y de la depuración histórica, cuando estimulan á un tiempo el acicate de la común alabanza, el noble ardor de *echar su apellido* y convocar gente para las batallas de su tiempo, el numen avasallador de la propia elocuencia, y quizá el generoso temor de pasar por egoísta y escéptico, escudriñando y discutiendo lo antiguo, mientras la tormenta de estos días bramaba á sus puertas.

Y considerando esto, ¿quién se ha de atrever á culpar á Moreno Nieto, porque no nos haya dejado de su talento histórico frutos tan numerosos como el ardor de su aprovechada y madura juventud nos prometía? Los Montfaucon, los Mabillon, los Muratori, los Flórez, los grandes coleccionistas, arqueólogos, numismáticos é historiógrafos nacen en épocas relativamente tranquilas, donde imperan fuertes y soberanas la autoridad y la tradición científicas, y es lícito á quien piensa y estudia, velar á la lámpara solitaria, sin cuidado y preocupación de lo exterior, fijos los ojos en aquellos serenos templos de la antigua sabiduría, que cantaba Lucrecio:

Edita doctrina sapientum templa serena.



Pero en nuestros tiempos de contraste y de lucha, y en razas como la nuestra, ya estéril, ya fecundamente, apasionadas é inquietas, tal ideal de vida pacífica y estudiosa es mucho más admirable que imitable. Y he de confesaros que Moreno Nieto no le realizó, aunque quizá tendiesen á él los más íntimos anhelos de su alma.

Y en efecto: ¡qué obra más grande y bella es esta de la historia! Concedo que es empresa de titanes la de lidiar con el error dialéctico, sorprender sus raíces soterradas en lo incompleto del entendimiento ó en lo torcido y perverso de la voluntad, en las lobregeces de la conciencia ó en las anticipaciones de la educación, en la intrusión del elemento externo en el mundo íntimo, ó, al contrario, en el desbordamiento enfermizo de la propia personalidad. Y cuando el error invade el campo, cuando se mutilan audazmente la integridad, la parsimonia ó la armonía de los dictámenes de la conciencia, y cuando, negado alguno de sus elementos, y vacilantes por necesidad lógica los demás, queda aporillado y al descubierto alguno de esos sublimes *lugares comunes*, que son el jugo y la médula del pensamiento, levantar enérgica protesta en nombre del sentido moral de la humanidad. Tales triunfos eran los de Moreno Nieto; y los alcan-

zaba á la luz del sol, en campo cerrado, sin malas artes ni astucias de guerra, coronándole sus mismos adversarios, que acompañaron con lágrimas sus funerales.

Pero hay otra gloria, que no corre las calles, sino que suele albergarse modestamente dentro de los muros de Academias como esta; y conviene traerla continuamente delante de los ojos, para inflamar con ella las almas capaces de estimarla y comprenderla. No vive en lenguas de las gentes; antes padece detracción y vituperio cuando á sus oídos llega, lo cual sucede raras veces, porque es la Musa de la Historia tan recatada y celosa de su estimación, que hasta del aire se ofende.

De la Historia vengo á hablaros; pero no considerada en su materia y contenido, ni siquiera en las reglas críticas y método de investigación para escribirla, sino de lo que á primera vista parece más externo y accidental en ella, de lo que condenan muchos desdeñosamente con el nombre de forma; como si la forma fuese mera exornación retórica, y no el espíritu y el alma misma de la historia, que convierte la materia bruta de los hechos y la selva confusa y enorme de los documentos y de las indagaciones, en algo real, ordenado y vivo, que merezca



par la mente humana, nunca satisfecha con vacías curiosidades, y anhelosa siempre por las escondidas aguas de lo necesario y de lo eterno. Voy á hablar, pues, no de crítica histórica propiamente dicha, sino de la historia considerada como arte bella, de la noción estética de la historia, ya que es grave defecto en los modernos tratadistas excluir del cuadro de las artes secundarias el arte maravillosa de los Tucídides, Tá-citos y Maquiavelos, mientras que admiten sin reparo y explanan en muchas páginas el arte de la danza ó el de los jardines. No es, en verdad, la historia obra puramente artística, como lo son la poesía ó la música ó las creaciones plásticas; pero son tantos y tales los elementos estéticos que contiene y admite, que obligan, en mi entender, á ponerla en jerarquía superior á la misma oratoria, encadenada casi siempre por un fin útil é inmediato, extraño á la finalidad del arte libre, que en la misma hermosura que engendra se termina y perfecciona, deleitándose con ella, como la madre amorosa con el hijo de sus entrañas.

Cierto que suele carecer la historia del admirable poder que Platón llamó *psicagógico*, es decir, guiador y conmovedor de las almas, y que no ejerce, por eso, aquel imperio y señorío sobre

los afectos, moviéndolos ó refrenándolos, que fué en lo antiguo el triunfo más codiciado del orador. Pero aunque no sea dado á la historia, sino en casos singulares, producir esta efervescencia y tumulto de pasiones actuales, tiene por suyo el mundo de la realidad humana, con igual y plenísimo derecho que le tienen la epopeya, el drama y la novela. No es arte lírica y personal, sino arte objetiva, guiada y dominada por los estímulos y caricias del mundo exterior, del cual, como de inmensa cantera, arranca los hechos, que luego, con verdadera intuición artística, interpreta, traduce y desarrolla.

Pero aunque este poder de interpretación, enfrente de la naturaleza humana y de sus obras, sea verdadera facultad estética, y de ella participan en grado casi igual los maestros de la poesía y de la historia, hay un punto en que la diferencia se marca y aparece profundísima. No consiste, no, esta diferencia en que el poeta sea dueño de la materia que elabora, y el historiador no, puesto que, en rigor de verdad, ni uno ni otro lo son, trabajando ambos, como trabajan, sobre el fondo esencial y permanente de la naturaleza humana, que ni uno ni otro podrán modificar, so pena de producir obras mentirosas y heridas de muerte desde la cuna. No:



el poeta no inventa, ni el historiador tampoco; lo que hacen uno y otro es componer é interpretar los elementos dispersos de la realidad. En el modo de interpretación es en lo que difieren.

Sobre esto hay una idea alta y profundísima, pero incompleta, en la Poética de Aristóteles. Veamos de desentrañar su oscuro sentido. Dice, pues, el Estagirita, que la diferencia entre la poesía y la historia consiste en que el poeta expresa principalmente lo universal, y el historiador lo particular y relativo; de donde resulta que la poesía viene á ser algo más filosófico y grave que la historia, porque representa, no lo que es, sino lo que *debe* ser.

Á primera vista, esto no ofrece dificultad; pero luego se ocurre una, y no leve, y es que la necesidad implica la existencia, y, por tanto, todo lo que *debe* ser, *es*, y nada es sino como debe ser, conforme á su idea; lo cual anula de hecho la distinción aristotélica, ya que igual realidad tienen á los ojos del espíritu el héroe real y el imaginado, Carlomagno ó Don Quijote, Temístocles ó Hámlet. Y en los personajes que son á la vez históricos y poéticos, v. gr., el Cid y todos los protagonistas de cantares épicos, de tal manera se confunden los caracteres de la realidad histórica con los de la realidad leyen-

daria, que de unos y otros viene á resultar un concepto ó noción única en nuestra mente, sin que sea posible, sino con laboriosísimo esfuerzo intelectual, imaginarnos al Campeador reducido á la sequedad de los datos de las crónicas latinas y arábicas, y fuera del pedestal en que le colocó la epopeya castellana.

Tampoco se puede decir, en sentido riguroso, que los personajes poéticos manifiesten lo universal de la naturaleza humana, y los históricos lo particular y contingente, porque, si bien se mira, todo personaje real, con cualquier género de realidad que le supongamos, ya sea la del arte, ya la de la vida, expresará siempre algo de necesario y universal, y algo también de particular, movedizo y transitorio. Y como la lógica natural que dirige los pensamientos y las pasiones de los seres vivos no es distinta de la que guía á un héroe de drama ó de novela, si este héroe no es creación vana, caprichosa y sin valor, de una fantasía desarreglada, resulta que tampoco por este lado se ve diferencia notable entre la historia y la poesía narrativa ó representativa. Así pudo decir Manzoni, con profunda verdad, en su *Carta sobre las unidades dramáticas*, que «las causas históricas de una acción son esencialmente las más dramáticas y las más



interesantes, y que cuanto más conformes sean los hechos con la verdad material, tendrán en más alto grado el carácter de *verdad poética*, que buscamos en la tragedia.»

Para salvar la doctrina peripatética de lo necesario y de lo universal, se dirá acaso que el héroe poético, por ser, como es, de blanda cera en manos del artista, resulta mucho más apto para encerrar un contenido genérico, y ser como la cifra ó el compendio de una clase entera de hombres, ó como el eco sonoro de una raza, ó como el símbolo de una pasión, ó de una virtud ó de un vicio. Pero dicho esto en tesis general, también flaquea, porque una de dos: ó esos tipos son abstracciones y alegorías, y en este caso no son seres humanos, y estoy por decir que ni estéticos tampoco, sino frías personificaciones morales, sin valor propio é intrínseco, semejantes á los *caracteres* del avaro, del celoso y del pródigo, que solían ponerse en los antiguos tratados de Ética, á modo de *paradigma* ó *specimen*; ó son hombres como los que vemos en el mundo, dotados de una cualidad predominante, buena ó mala, con la cual se combinan en distintas dosis otras cualidades secundarias. Sólo por esta complejidad de elementos brillan reales y humanos los hijos del arte, y por eso se identifican

con los demás hijos de Adán, diferenciándose de ellos tan sólo por el sello de inmortalidad grabado en su frente.

Es además la vida tan grande, tan luminosa, tan poética é inexhausta, que puede decirse que ha agotado y agota todas las combinaciones posibles en el arte, y que, abriendo por cien partes sus entrañas, manifiesta y saca á luz cada día portentos no imaginados, ante los cuales parece fútil y baladí todo antojo idealista. ¿Qué malvado ha producido el arte más perfecto que César Borja? ¿Qué caballero más perfecto que San Luis? «No consiste (diré con Manzoni) la esencia de la poesía en inventar....; semejante invención es lo más fácil y más vulgar que hay en el trabajo del espíritu, lo que exige menos reflexión y también menos imaginación.... ¿Dónde puede encontrarse la verdad dramática, mejor que en lo que los hombres han ejecutado realmente?»

Y entonces se dirá: ¿qué le queda al poeta? ¿En dónde están sus ventajas? ¿Por qué dijo de la poesía Aristóteles que era más honda y filosófica que la historia? Díjolo porque, siendo el poeta (aunque sólo en el momento inicial de la concepción) dueño de sus personajes, históricos ó inventados, puede penetrar hasta el fondo de su alma, escudriñar lo más real é íntimo,



sepultarse en los senos de la conciencia de sus personajes, poner en clara luz los recónditos motivos de sus acciones, mostrar en apretado tejido las relaciones de causa y efecto, eliminar lo accesorio, agrupar en grandes masas los acacimientos y los personajes, borrar lo superfluo, acentuar la expresión, marcar los contornos y las líneas, y hacer que todo color y toda superficie y todo detalle hable su lengua y tenga su valor y conspire además al efecto común.

Algo de esto hace también la historia, pero de un modo mucho más imperfecto y somero, procediendo por indicios, conjeturas y probabilidades, juntando fragmentos mutilados, interrogando testimonios discordes, pero sin ver las intenciones, sin saberlas ni penetrarlas á ciencia cierta, como las ve y sabe el poeta, arrebatado de un numen divino.

No le es lícito á la historia fantasear; no puede, como puede el poeta dramático, introducirse en la mente de sus personajes y hablar por ellos; pero será tanto más perfecta y más artística, cuanto más se acerque, con sus propios medios, á producir los mismos efectos que producen el drama y la novela. Pero, entiéndase bien, con sus propios medios, los cuales en gran parte no pertenecen al arte, sino á la ciencia, aunque

todo, en último resultado, venga á concurrir al grande arte, al arte de composición. De aquí el carácter mixto de la historia; de aquí la inferioridad reconocida por Aristóteles, cuyas palabras hemos de entender, no como suenan, sino de un modo más amplio y libre, afirmando que lo mismo la historia que la poesía enseñan, manifiestan y ponen á nuestros ojos, por modo artístico, aunque diverso, lo que hay de eterno y lo que hay de temporal y relativo en cada acción humana, lo que hay de necesario y lo que hay de contingente, lo que hay de universal y lo que hay de temporal en cada individuo.

No es nueva esta consideración de la historia como arte: al contrario; si de algo pecamos los modernos, es de ir la olvidando demasíadamente. Los antiguos retóricos griegos querían que la historia fuese, lo mismo que la tragedia, *un animal perfecto*. Y nuestro Fr. Jerónimo de San José, en su libro del *Genio de la historia*, dió los últimos toques á esta concepción clásica, exponiéndola en términos tan vigorosos y galanos, y con tan profundo sentido de lo que pudiéramos llamar la belleza estatuaria de la historia, que no es posible á quien trata esta materia dejar de repetir algunas palabras suyas, ya alegadas aquí por un docto y llorado compañero vuestro:



«Yacen como en sepulcros, gastados ya y deshechos, en los monumentos de la venerable antigüedad, vestigios de sus cosas. Consérvanse allí polvo y cenizas, ó, cuando mucho, huesos secos de cuerpos enterrados, esto es, indicios de acaecimientos, cuya memoria casi del todo pereció; á los cuales, para restituirles vida, el historiador ha menester, como otro Ezequiel, vaticinando sobre ellos, juntarlos, unirlos, engazarlos, dándoles á cada uno su encaje, lugar y propio asiento en la disposición y cuerpo de la historia; añadirles, para su enlazamiento y fortaleza, nervios de bien trabadas conjeturas; vestirlos de carne, con raros y notables apoyos; extender sobre todo este cuerpo, así dispuesto, una hermosa piel de varia y bien seguida narración, y, últimamente, infundirle un soplo de vida, con la energía de un tan vivo decir, que parezcan bullir y menearse las cosas de que trata, en medio de la pluma y el papel.»

Esta pintoresca descripción de la historia corresponde en todo con la idea que Hegel da de la obra poética, cuando exige de ella que forme un *todo orgánico completo*, sometido á ley de unidad. Pero el mismo Hegel se niega á considerar las producciones históricas como pertenecientes á lo que llama el *arte libre*, y renovan-

do, aunque con originalidad, la doctrina de Aristóteles, á quien en tantas cosas se parece, afirma que la historia es siempre prosaica, no ya por el estilo y manera en que se escribe, sino por su mismo contenido y objeto propio. Para entender esto, conviene advertir, ante todo, que Hegel dilata los términos del arte histórica tanto como Fr. Jerónimo de San José, puesto que concede al historiador la facultad de resucitar en su mente las acciones y los caracteres, y ponerlos con nueva vida á los ojos de los lectores; no encerrándose, para tal reproducción, en la simple fidelidad de los detalles, sino coordinando los materiales, modificándolos, combinándolos, agrupando los rasgos y los accidentes, de tal modo que pueda quien leyere formarse idea clara de la nación, de la época, de las circunstancias exteriores, de la grandeza ó debilidad de los personajes, y de su fisonomía original, y del encadenamiento natural y propio de las acciones.

Todo esto lo concede Hegel; pero viene á restringir los límites de la historia por razón de su objeto, dejando las edades heroicas por campo de la fantasía y del arte, y considerando sólo como histórica aquella edad en que se revela el carácter preciso de los hechos y la prosa de la



vida. Estas edades históricas no ofrecen casi nunca lo que el moderno Parménides llama una situación poética, es decir, una situación en que la energía individual se manifieste y desarrolle con independencia alta y soberana. Todo el conjunto de nuestras instituciones, costumbres y estado social excluyen esta actividad sin trabas, domeñadora é irresistible, y por eso los poetas modernos, cuando aspiran á presentarla fuera de las sociedades heroicas, la personifican en un demente como Don Quijote, ó en piratas levantinos como el Corsario y Lara, ó en un rebelde más ó menos épico como Goetz de Berlichingen, ó en un foragido y salteador de caminos como Roque Guinart y Karl Moor, ó en un jefe de bandas aventureras como Wallenstein, ó en un libertino, despreciador de la muerte y del infierno, como D. Juan.

De todo esto infiere Hegel que, dentro de las condiciones ordinarias de la vida, lo épico y aun lo poético es imposible, porque en toda sociedad bien organizada las actividades y energías individuales se funden en una actividad común, y van derechas á un blanco, sin que sea posible ninguna órbita excéntrica, á menos de tropezar á cada paso con las leyes divinas y humanas, fijas ya con carácter imperativo y absoluto.

Adiós, pues, el carácter individual, según esta desconsoladora doctrina idealista, y adiós también la poesía en la historia. Cuando hoy se realiza (este *boy* quiere decir desde Homero hasta nuestros días, ó, por lo menos, desde la *Canción de Rolando*), se realiza con un fin general y predeterminedo por las circunstancias del pueblo y de la época, y se realiza además con una fortísima dosis de circunspección, de buen sentido y de razón prosaica, aplicando sagazmente los medios al fin. Todo esto, según Hegel, es radicalmente contrario á la vitalidad independiente y libre, y el historiador tiene que resignarse á contentarnos toda esta prosa, sin dar á los hechos significación poética que no tuvieron, ni remontarse nunca, como no sea en alguna síntesis, generalización ó filosofía de la historia, á los principios absolutos y á la verdad ideal, que son materia esencialísima de la poesía, la cual, aun imitando y reproduciendo lo real, lo hace para mostrar exteriormente la verdad interna que constituye su fondo.

En esta como en otras cosas de su admirable *Estética*, Hegel ha pasado la medida, á fuerza de espíritu sistemático. Concedámosle, ante todo, que el arte tiene un carácter *dinámico*, ya de fuerza serena y reposada, ya de fuerza en mo-



vimiento, y afirmemos, aún con mayor resolución que él, que sólo por la fuerza se impone el artista, y que en la energía de la voluntad exteriormente manifestada yace la raíz de las mayores grandezas estéticas. Pero ¿cómo admitir que esta energía no se desarrolle y triunfe sino en los héroes primitivos, domeñadores y extirpadores de monstruos, ó en los primeros que desbrozaron las selvas y congregaron los pueblos errantes y feroces en vida común? No: la eficacia de la voluntad no exige condiciones sociales rudimentarias, para dar muestra de sí. El medio en que vive puede modificarla, pero no anularla. Faltarán algunos accidentes estéticos, pero no más que de decoración y ornamento. Si la humanidad vale algo, y el arte no es idealismo solitario, sino obra colectiva humana, de los unos porque la crean, de los otros porque amorosamente la reciben, el fin común, lejos de ser prosaico, ha de resultar más estético que todos los fines particulares, y ante las grandes empresas históricas han de oscurecerse y quedar anulados los propósitos arbitrarios y las hazañas baldías de cualquier paladín andante. Toda la historia del arte depone contra Hegel, mostrándonos que ninguna de las obras más altas de la poesía humana ha nacido de voluntarie-

dades ó caprichos del artista, deseoso de mostrar en sus héroes el empuje de una personalidad libre, sino que todas ellas, así épicas como dramáticas, han recibido su jugo y su vitalidad de la historia, ó de lo que en algún tiempo se ha tenido por historia, que para el arte, tanto importa lo uno como lo otro, y basta que el poeta y sus oyentes ó lectores lo hayan creído. No se reduce la historia á los tiempos de cronología cierta y sujetos á comprobación diplomática, sino que extiende sus ojos á esos campos en que Hegel confina la poesía, y mientras ésta recoge flores de eterno olor, aprende la historia, *sotto il velame degli versi strani*, mil recónditas enseñanzas sobre conflictos de pueblos y de razas, sobre dioses titánicos destronados por dioses de estirpe más reciente, y hasta sobre los progresos de la escritura, y la renovación de fraguas y metales.

Y así bien puede afirmarse que no hay dos mundos distintos, uno el de la poesía y otro el de la historia: porque el espíritu humano, que crea la una y la otra, y á un tiempo la ejecuta y la escribe, es uno mismo, y cuando quiere aislar sus actividades y engendrar, v. gr., obras poéticas que no tengan raíces en la historia ó en la sociedad donde nacen, produce sólo un *caput*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1825 MONTERREY, MEXICO